BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL SOL DE LA PAZ

MAUCCI Hos MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO
Última série.—Época moderna

EL SOL DE LA PAZ

POR

HERIBERTO FRIAS

MÉXICO
MAUCCI HERMANOS.—PRIMERA DEL RELOX, 1
1901

Propiedad exclusiva de los señores Maucci Hermanos.

El Sol de la Paz

¡Hé aquí la gran figura de gloria que ha hecho de nuestra patria un país libre!

Vais ahora á contemplar frente á frente, queridos lectores, amables compañeros, que desde hace tanto tiempo me habéis seguido en las tremendas incursiones por las sombras de la historia de México, vais ahora á contemplar la última etapa de la vida de un pueblo.

. . . . . .

¡Ah! ¡Cuántos años, cuántos lustros, cuántos

siglos habéis visto pasar fantásticamente á través de mis pobres leyendas, donde os he referido las glorias de nuestros antepasados; las épocas maravillosas de esplendor de la nación mexicana, y los miles de episodios guerreros de sus héroes y las batallas de sus caudillos!...

***

¡Cuántas veces hemos visto las hecatombes sangrientas de los tecuhtlis aztecas, que llevaban sus prisioneros, después de los combates, á los templos rojos de Auitzilopuchtli!

¿Os acordáis, mis queridos lectorcitos, de aquellos feroces caudillos mexicanos que, tras sus contiendas, hacían entrar en la Gran Tenochtitlán grandes rebaños de prisioneros enemigos, tomados entre el fragor de las batallas, para que esos prisioneros fuesen sacrificados por el sacerdote inicuo del Teocalli del dios de la Guerra?

. . . . . .

¡Qué triunfos bárbaros y terribles fueron

esos en que el poderío mexicano se extendió esplendorosamente sobre todo el Anahuac!

. . . . . .

Ya recordaréis aquellas hermosísimas leyendas, que referían en las noches de luna los ancianos á sus hijos, allá en la antigua ciudad de Tenochtitlan... ¡Oh, sí!... Y tambien recordarán mis buenos lectorcitos, las historias tier-

nas y conmovedoras de Netzahualcoyotl, del infeliz rey-poeta del reino de Texcoco... de aquel bravo y magnífico príncipe, que fué la gloria perpetua de la raza que se ha llamado, y se seguirá llamando por todos los siglos, «la raza nahuatl.»

¡Qué bellos esplendores dejó en nuestros recuerdos, la historia del antiguo Anahuac!

Por eso en breves narraciones, que son como cuentecillos ligeros y fantásticos, fuí dejando, para los niños de mi patria, pálidas imágenes; porque, en verdad, creo que serán también algo así como fábulas... hissóricas, fábulas donde se vea como tras un maravilloso prisma, la iluminación de todo un pasado espléndido y digno de ser conservado en la mente de todos los niños que aman á su gloriosa patria mexicana! . . . . . .

***

Luego... ¡Ah!... después vinieron los cuentos de la época de la Conquista de México...

de esa conquista de México hecha por un puñado de aventureros españoles, al mando de un caudillo audaz que se llamaba Hernán Cortés, quien con bravura lanzó desde la Habana las naves que le habían encomendado para hacer descubrimientos, hacia las costas, desconocidas entonces, de lo que más tarde había de ser el país de la libertad, ¡la hermosa República mexicana!

. . . . . .

¡Y ya es sabido!... ¿Quién lo ignora?... Vosotros, niños tiernos, que aun no sabéis de las trajedias de la guerra ni de los dramas de la vida; vosotros mismos, jóvenes que vais sin temor ni amargura hacia el porvenir y la felicidad, siendo siempre fieles y leales; ¡oh! vosotros debéis no olvidar nunca á los hombres aztecas, que sucumbieron valientemente por su patria, cuando los españoles, armados de terribles cañones, de armas de acero, de trajes de bronce y hierro, con caballos y grandes perros, vomitando rayos y truenos, cuando esos

extranjeros tan formidables se presentaron, acompañados de millones de traidores!...

¿Me comprendéis?... ¡Oh, niños amigos... yo quiero que me comprendáis!.., Sabed que los héroes que ha tenido nuestra patria empiezan desde ésas épocas llenas de patriotismo, fuego, miseria y sangre de la Conquista!...

Sabed que desde un principio, los verdaderos mexicanos, los verdaderos hijos del Anahuac, se portaron como leones, ante el extranjero odioso, que les iba á arrancar el suelo que les habían legado sus padres.

¡Acordaos de Cuauhtemoctzin!... ¡oh! sí, recordad al ínclito rey que se hizo inmortal en la historia del mundo, y al que el mundo entero contempla con admiración y respeto en su siniestra hoguera roja y en su negro patíbulo: ¡Gloria para el emperador azteca, y escarnio y maldición para su verdugo!...

***

En seguida pasamos á los pobres héroes mexicanos que, en la obscuridad de los sombríos

calabozos, de la tiranía de los verdugos, pagaron con dolores intensos y cruelísimos, el crimen de haber pensado en la libertad de su patria... ¡Oh, sí; de su adorada, de su grandiosa patria mexicana!

¡Cuántas infamias cometieron los tiranos que la Madre España mandaba á gobernar á

su hija, la Nueva España, el antiguo Anahuac!...

¡Oh, sí; cuántos crímenes cometieron esos hombres inícuos, esclavizando á los pobres indios, que no tenían más falta que haber nacids en un país rico, hermoso, grande y heroico!

En este periodo de la dominación de los virreyes, que duró trescientos años, es decir, horrorizaos, ¡tres siglos!... en este periodo de tiranía, apenas lucen algunos astros, algunas pálidas luces que iluminan la fatal negrura de aquella noche, que parecía no tener nunca fin ni aurora. Entre estos luceros magníficos, no debéis olvidar á Fray Bartolomé de las Casas, el protector, el verdadero padre de los indios, aquel buen obispo de Chilapas, que tantos bienes hizo á los pobres desheredados de la fortuna y de la civilización... Tampoco olvidéis á los primeros mártires de la libertad y de la independencia, como el Licenciado Verdad, y en seguida á los maravillosos genios de la patria: Hidalgo, Morelos, Mina, Matamoros, Bra-

vo, Guerrero, y los demás que siguieron á estos.

¡Gloria á todos ellos! Nos dieron patria y honor. Su sangre se convirtió en luz y en felicidad.

¡Benditos los héroes y los mártires que nos dieron patria!

. . . . . .

***

Nos encontramos con los hombres de la época en que vivieron nuestros padres, nuestros abuelos... son los valientes que lucharon contra los extranjeros que quisieron arrebatarnos la patria... Saludemos á esos ilustres, ¡Bien por los héroes mexicanos que se batieron contra los enemigos de nuestra libertad; bien Juárez, Zaragoza, Ocampo, Díaz!,..

¿Quién es Díaz?

El hombre que desde que fué niño adolescente amó á su patria, á sus leyes, á sus glorias y á sus libertades... El que se lanzó á la

guerra para defender á su querida México, y el que estuvo años enteros batallando entre las sierras como un león, temido y terrible.

Porque, sabedlo, desde sus primeros años, el que es ahora nuestro Sol de Paz y Progreso, este extraordinario espíritu que con genio extraño logró convertir un caos en una nación pacífica y próspera, ese mismo genio admirable de la Paz y de la Guerra, desde niño hizo prodigios... retumbó su nombre como un trueno de guerra y brilló como un relámpago; y cuando joven, realizó tales hazañas, que se necesitarían libros y más libros para contarlas... ¡Era admirable!

Allá por entre las abruptas serranías del estado de Oaxaca,—¡oh, tierra siempre gloriosa, heroica y bellísima!—el héroe se debatía, perseguido por enemigos poderosos á los que tuvo que dispersar después de épicos combates, que nunca se borrarán de la memoria de los mexicanos que aman su patria.

Algún día leeréis en páginas más amplias, niños amigos, la relación de las principales

batallas que dieron tanta honra y grandeza al egregio caudillo de la gloria de México. Algún día reconoceréis con júbilo y gratitud todos los servicios que ese hombre extraordinario ha hecho á la nación.

Sus más hermosas epopeyas son éstas:

Paz, Progreso, Civilización, Luz.

***

Cuando se extinguió la guerra en el Anahuac, después de tantas luchas, después del triunfo de la República, después de la justicia tremenda que el gran Juárez, en nombre de la nación, hizo allá en el memorable «Cerro de las Campanas,» fué surgiendo un genio poderoso y nuevo, un hombre que apareció en las tinieblas de los horrores en que yacía la patria, como una alborada de promisión y de esperanza.

¡Cuántos hombres dudaban; qué pocos tenían fe!

Sin embargo, el heroe de cien combates se empezaba á dar á conocer como vasto espíritu de ciencia, de orden y paz.

El 2 de Abril de 1867, cuando tomó la ciudad de Puebla en noche terrible, verificando en unas cuantas horas la batalla más hermosa y heroica que se pueda uno imaginar, fué uno de sus últimos hechos de armas.

¡Quién adivinaría que tras el genio de la guerra, surgiría el adalid de la paz, que es el orden, la harmonía nacional, la unión y el

amor de todos los mexicanos que iban á seguir fuertes, ya para siempre unidos, al estandarte espléndido que había de enarbolar el gigante.

Iban á principiar los días de prosperidad y de descanso para la patria, que tanto había sufrido, trabajado y luchado.

La paz lo iba á iluminar todo con suprema gloria; ya renacía la confiancia y el crédito; ya la nación mexicana, dignificada y alta, gracias al esfuerzo de sus héroes y mártires, iba á tener su día de regeneración, su aurora espléndida.

El sol de sus bellos días iba anunciándose poderosamente, entre las sangrientas nubes, después de un siglo de tempestad y tinieblas.

Ya se escuchaba el nombre del triunfador Porfirio Díaz.

La patria iba á ser feliz. Muchos no lo creían, y vacilaban, desconfiando del porvenir. Otros, más animados, veían en el héroe

del 2 de Abril y de la Carbonera, á uno de esos seres que elige la Providencia como guías de los pueblos.

¡Ved!... Nuestra patria va hacia luminosos horizontes, con su libertad y su progreso... Terminaron ya sus días amargos de guerras, sombras y odios.

Hoy todo es luz, estudio, instrucción, ciencia...

¡Adelante!... ¡adelante, amiguitos, y nunca olvidéis la dolorosa historia que os he referido en varios relatos, acerca de nuestra querida patria, hoy feliz!...

¡Adelante, amiguitos!...

Fin de la Biblioteca del Niño Mexicano

Barcelona.—Imp. de la Casa Editorial Maucci